

vincial y de poder ocuparse como simple particular en los ministerios con los prójimos, á los cuales tan inmenso campo se acababa de abrir. Pero una patente del P. Grüber, en que «poco después del Breve de Pío VII¹» le nombraba Superior de la nueva Provincia de Nápoles, desvaneció en un momento sus risueñas esperanzas.

¹ *Process. Rom.*, fol. 1179.

CAPÍTULO II

Santa vida del P. Pignatelli en el palacio de su hermana. — Alármase la corte de Madrid por la reposición de la Compañía en Nápoles. — Temores de los jesuítas. — Pasan al Jesús Viejo los PP. Angiolini y Pignatelli. — Medidas de la corte de España contra los jesuítas españoles de Nápoles. — Intrepidez del Siervo de Dios. — Carta del P. Mozzi. — El P. Angiolini en Roma. — El P. Panizzoni en Nápoles. — Ruidosa misión en la iglesia del Jesús Viejo y en otros templos. — Celo del P. José en oír confesiones. — La fiesta de San Francisco Javier. — Triduo de preparación. — Solemne instalación de los Padres en el Jesús Viejo el día de la fiesta con asistencia de Sus Majestades. — Cuidado que pone el Siervo de Dios en la edificación del pueblo. — Restauración de los estudios. — Concurso extraordinario. — Una curiosidad de la reina Carolina. — Enríquese la biblioteca.

1804 — 1805

El 9 de Setiembre dejó el P. José definitivamente el palacio de su hermana la condesa de la Acerra para vivir en compañía de sus hermanos. Santiago Caetani, capitán de fragata retirado, hermano del duque de Laurenzano, que había conocido al Venerable por mediación del general D. Francisco Pignatelli, en el proceso de Nápoles (fol. 689) habla extensamente de la mucha edificación que dio á todos el P. José durante los cuatro meses que residió en el palacio.

Ángela Pinto, antigua camarera de la señora condesa, her-

mana del Padre, depone¹, y lo repite muchas veces, que el Venerable daba á su sobrina, la esposa del general D. Francisco, saludables consejos para el buen gobierno de su casa, encargándola que desterrase de sus criados la maledicencia, que tuviese con la debida separacion á los criados y á las sirvientas, y que no permitiese ciertas libertades entre ellos. Asegura que jamás el Padre admitió regalo alguno para su persona, mostrándose en este punto siempre inexorable. Exhortaba á la sobrina á que se levantase por la mañana temprano, á fin de que el sacerdote que iba diariamente á decirle la misa en la capilla del palacio, no tuviera que aguardarse². Solía reunir todas las personas de la servidumbre, que no bajaban de doscientas, y les hacía pláticas espirituales, exhortándolas á no ofender á Dios, é inculcándoles con gran ahinco la devocion á la Santísima Virgen. «Y estas exhortaciones,» dice³, «las hacía con caridad y con la sonrisa en los labios.»

Cuando esto deponía Ángela Pinto, contaba 60 años de edad. Hizo la declaracion el 18 de Enero de 1847, y refirió que el día ántes por la tarde estaba comiendo pan; y al engullirlo, se sintió herida la garganta con una espina, que la puso en peligro. Recurrió sin demora al Venerable y le invocó con estas palabras: «P. Pignatelli mío, no me dejéis morir así.» Al pronunciar esta súplica, le vino un golpe de tos, que le hizo sacar el bocado de pan con la espina, no dudando haber obtenido del Venerable aquella gracia. «Todos los de la familia,» concluye, «nos pusimos de rodillas y dimos gracias á Dios⁴.»

Después que dejó de vivir en palacio, visitaba con frecuencia á su hermana, achacosa y enferma, que unía á este título el de ser insigne bienhechora de la Compañía. El ya mencionado administrador de los condes de la Acerra, Gregorio de Micillis,

¹ *Process. Neapol.*, fols. 1086, 1087 y 1088.

² *Ibid.*, fol. 1081.

³ *Ibid.*, fols. 1083-1084.

⁴ *Ibid.*, fol. 1089.

depone, que por razon de su oficio tuvo que proveer de camas y otros muebles á los compañeros del P. José; y que en manos de este ponía su hermana cuantiosas sumas de dinero, las cuales jamás administró el Venerable en nombre propio¹.

Otro empleado de la casa, Aniello Fatigati, natural de Acerra, dice que el Padre «era parco en el hablar, andaba siempre con los ojos bajos, ni una sola vez quiso quedarse á comer, é iba y volvía siempre á pie sin admitir el carruaje de la condesa. Cuando venía al jardín conmigo» añade, «me preguntaba por mis hijos, y me recomendaba que los vigilase.» Y termina así: «Venía al palacio, pero á los departamentos de la condesa madre, su hermana, la cual no tenía visitas; y nunca entraba en los de la condesa sobrina, casada con el Capitan General del ejército, D. Francisco Pignatelli².»

Creía el bueno de Fatigati que los jesuitas adivinaban qué números de la lotería habían de salir premiados, y que ellos eran los inventores de este juego. Como había oído decir en palacio que el P. José era el jefe de los jesuitas, alentado con la confianza que el trato familiar con el Padre le daba, díjole un día cómo él necesitaba trece ducados para vestir á sus hijos; y para obtenerlos pensaba tomar un billete de la lotería; y deseaba le indicase el número que debía tomar. Hízole gracia al Padre la simplicidad del criado: tomó una moneda, diola á un hijo de Aniello, diciéndole: «mañana, mañana.»

Al día siguiente volvió el Padre, y dióle doce ducados, para que con esta limosna vistiese á sus hijos. Tomólos el criado, y le dio las gracias; pero firme en su deseo de tomar el billete, le instó á que le dijera el número que debía pedir. El Padre con rostro algo grave le respondió estas solas palabras: «Estas cosas no se hacen³.» Esto refieren del P. Pignatelli los procesos con relacion á aquellos días de tan gratas impresiones. Pero veamos lo que ocurría fuera de Nápoles.

¹ *Process. Neapol.*, fol. 455.

² *Ibid.*, fol. 1059.

³ *Ibid.*, fol. 1060.

Grande alarma causó en los ministros del rey católico en Roma y en Madrid el restablecimiento de la Compañía en Nápoles y la explosión de entusiasmo con que fueron recibidos los Padres en este reino. Los jesuitas españoles de Roma se admiraban del valor del P. Pignatelli en arrostrar las iras del rey de España; y presentían nuevas calamidades para los de Nápoles.

Oigamos al P. Luengo¹, quien con su acostumbrada sencillez pinta el estado de las cosas en aquel reino. «Este furor,» dice, «de los ministros de Madrid, y de este de Roma, ya vino tarde para impedir la expedición del Breve, y aun para hacer que se revoque, se retire ó se deje sin efecto: pues nada de esto se puede hacer sin un sumo deshonor é ignominia de los Reyes de Nápoles. Acaso lograrán los ministros españoles, que la ejecución y restablecimiento se haga con más frialdad, y lentitud. Hasta ahora no se ve por defuera este efecto, aunque no es imposible que el no haber entrado algunos en un colegio la vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, como pensaron y escribieron, provenga de esta novedad por parte de la corte de España.»

«Pero no se suspendió el orden del Rey de desocupar enteramente el colegio del Salvador, ó del Jesús viejo, trasladando á otra parte todas las oficinas reales que había en él; y estando ya enteramente desocupado, entraron á vivir en él como en casa propia el catorce de este mes de Setiembre el P. Cayetano Angiolini, (jesuíta en la Rusia, y que aquí viene á hacer el oficio de Comisario para el restablecimiento de la Compañía en Nápoles,) y el P. José Pignatelli de la Provincia de Aragon, (que hacía ocultamente de Provincial de los asociados ó incorporados con los jesuitas de la Rusia, que viven en los convictorios del Parmesado, en esta casa del Jesús, y esparcidos en otras partes, y ahora empieza á hacer de Provincial en Nápoles, vestido de la ropa de jesuíta y á cara descubierta,) y otros dos, uno sacerdote y otro coadjutor; y la primera noche que durmieron en el colegio

¹ *Diario*, Tomo 38, pág. 264 y siguientes.

les dio una magnífica cena el general Pignatelli, que es pariente del dicho P. Provincial.»

«Asentados los Superiores en la dicha casa, van recibiendo los que se presentan, y son dignos; y yo supongo, que han entrado prontamente algunos napolitanos, y de cierto se les ha reunido ya el P. Mozzi, que dirigía este Oratorio del Caravita, y en su lugar ha entrado otro jesuíta italiano que estaba en Roma.»

«Todos en el día, Superiores y súbditos, están ocupados y propiamente afanados en disponer aquella gran casa al estado conveniente, para que sirva de colegio; y no será poca, ni de poco coste, la obra interior, que es necesario hacer, habiendo sido ántes necesariamente despedazada de muchos modos para colocar en ella muchas oficinas reales. Se les han entregado ya efectivamente las haciendas, que no se han enajenado, con la obligación de pagar las cargas de pensiones y otras semejantes, que tengan sobre sí; y parece que no son pocas las haciendas; pero su producto, por las dichas cargas, no será por algun tiempo muy grande, y para este año verisímilmente ninguno; pues sus frutos se han cogido y cogerán por los que las han tenido en arriendo, ó de otro modo, y las han cultivado.»

«Supongo que de parte del Rey se les dan algunos socorros para los gastos de las obras, y otras buenas limosnas han tenido de personas particulares; y todo es necesario; pues han de gastar en obras y en cien cosas necesarias para proveer las oficinas comunes y la habitación de los sujetos, y se han de mantener con alguna decencia.»

«Entretanto que en Nápoles van preparando esta gran casa, se van poniendo en movimiento para ir á habitar en ella varios jesuitas napolitanos, y otros italianos de otras provincias, y tambien se reúnen algunos españoles, viendo que Pignatelli, de familia tan conocida en la corte de España, no halla inconveniente en vestirse la ropa de jesuíta y aun aparecer Provincial á vista del Ministro de Madrid en la misma corte de Nápoles..... Es poco verisímil, y aun lo tengo por imposible, segun el semblante

de la corte de España, que Pignatelli tenga expresa licencia del Rey para hacerse jesuíta en Nápoles....»

«Con todo eso yo le disculpo; porque si los Reyes de Nápoles han tenido este empeño, como yo me persuado, de que se haga jesuíta en su corte, y toman á su cuenta el disculparle para con los Reyes Católicos, era preciso condescender con Sus Majestades, esperando que con tales mediadores y abogados no tendría su resolución resulta alguna mala en la corte de Madrid. Pero no puede bastar este hecho de Pignatelli, al modo dicho, para que se crea que puedan los demás españoles hacerse jesuítas en Nápoles sin disgusto y resentimiento de la corte de España. Hasta ahora no se ve cosa alguna por parte de España, que pueda hacer acertada y prudente esta resolución de hacerse jesuítas en Nápoles. No obstante siendo tantos, y todos dueños de su libertad, no extrañaré que haya algunos que quieran hacerse jesuítas en Nápoles, y que efectivamente se hagan, si los Superiores Angiolini y Pignatelli quisiesen recibirlos.»

Muy pronto se cumplieron los temores del P. Luengo por los jesuítas españoles de Nápoles. Al saber los ministros de Carlos IV que varios de los súbditos de España habían vestido de nuevo la sotana de la Compañía, intimaron á todos los jesuítas españoles la prohibición de juntarse con sus hermanos en Nápoles so pena de ser, por el mero hecho, privados de la pensión por toda su vida, y además, de todos los derechos que les daba la calidad de súbditos españoles, declarándolos incapaces de poseer y heredar, y como extranjeros; por lo cual se borrarían sus nombres de los registros públicos.

Acudieron no pocos al P. Pignatelli, proponiéndole hacer una reclamación al rey contra orden tan injusta y tiránica, y aun contraria á los sentimientos de su real corazón; pues él mismo había dado su consentimiento al rey de Nápoles para la restauración de la Compañía en sus estados. Negóse á ello el P. Pignatelli; pues sabía perfectamente que no venía el golpe sino de los ministros de la corte de Madrid, y no de Carlos IV.

Veía también en esta disposición un medio para tantear el

espíritu de confianza en Dios, que animaba á los que pedían ser de nuevo admitidos en la Compañía: el cual espíritu se funda en la seguridad de que no faltará Dios á los que por su amor se desprenden de todo humano apoyo. Muchos fueron los que por no renunciar á aquel socorro en tiempos tan inseguros, desistieron de su primer propósito, no queriéndose privar de aquel único recurso para su mantenimiento; mas otros renunciaron á él con toda generosidad.

Todos ellos, juntamente con la insignia exterior, aparecieron informados también del interior espíritu de la Compañía, llenos de celo, de devoción, de caridad, y entregados sin reserva á la santificación propia y de sus prójimos.

Óigase en prueba de esto lo que escribe uno de ellos, el P. Luis Mozzi, en una carta del 28 de Octubre de 1804, dirigida á Doña María Antonia, hija del duque de Parma, y religiosa ursulina. «El Domingo,» dice, «á mediodía llegué aquí á Nápoles después de una misión hecha en Sora. Dejo á V. Alteza discurrir el gozo con que me he visto reunido con mis hermanos, y principalmente con mi querido P. Pignatelli, y la afabilidad con que me han acogido. Y ¿es cierto que Dios ha atendido finalmente á mis súplicas? ¿Soy por fin Jesuíta otra vez, y en un colegio de la Compañía? Me apresuro á comunicar todo esto á Vuestra Alteza, para que me ayude á dar gracias al Señor y me alcance que sepa yo corresponder á tanta misericordia y revestirme del espíritu de la Compañía.»

«No sé qué será de mí en lo sucesivo; pues mi voluntad está en manos de los Superiores. Oigo decir que quieren siga dando misiones. Ruegue Vuestra Alteza á Dios para que sean fructuosas. Aquí no hemos empezado aún á trabajar, porque la iglesia no está todavía en nuestro poder, y la casa anda revuelta con la obra; pero ya estamos unidos y vestidos más de veinte, y todos los días se aguardan otros. Conviene que vengan nuevos reclutas, porque nosotros somos viejos. Ciertamente mis hermanos se encuentran animosos y con gran deseo de trabajar. Espero que *qui coepit opus, perficiet*. Siguen lloviendo peticiones de jesuítas

de todas partes; pero si se ha de dar gusto á tantos, hay que pedir á Dios que *mittat operarios*. El amable y querido P. Pignatelli es el alma de todo, y todo para todos.» Así el P. Mozzi desde los primeros días.

Á principios de Octubre pasó á Roma el P. Angiolini, llegando á aquella ciudad el día 5. Presentóse á Su Santidad, á quien entregó un riquísimo cáliz de oro, regalo de los reyes de Nápoles en agradecimiento al inestimable favor que acababa de dispensar á ellos y á su pueblo con la reposicion de la Compañía. Dióle tambien las gracias de parte del P. General, Gabriel Grüber, por la expedicion del Breve. El día 9 se trasladó Pío VII á Castelgandolfo. Fue allá el P. Angiolini el 22 ó 23 para tratar, segun opina el P. Luengo¹, la cuestion de los privilegios concedidos á la Compañía por bulas posteriores á Paulo III y del valor de las Congregaciones Generales habidas después de San Ignacio.

Partióse para Nápoles el P. Angiolini el 26 del mismo mes de Octubre; durante el cual se deshizo el colegio de Viterbo, por no poder materialmente sustentarse los doce ex-jesuitas, que en él residían, siéndoles forzoso retirarse á Roma². Algunos de ellos se juntaron con los de Nápoles más adelante; pues por entonces no se creía prudente admitir á los españoles por temor de la corte. Algunos admitió el P. Angiolini como Procurador General; pero el P. José se resistía hasta que se declarase más la corte de Madrid.

El 2 de Noviembre, salió Pío VII de Roma para ir á consa-

¹ *Diario*, Tomo 38, pág. 297.

² *Id. ibid.*, pág. 287. De este colegio escribía el año anterior el Padre Luengo (*Diario*, Tomo 37, pág. 336,) que en él vivían tres ó cuatro jesuitas sicilianos, y que habían ido allá por entonces desde Roma siete Padres españoles, todos ó casi todos de los agregados, á los cuales se juntaron luego otros tres. Su rector era el P. José Doz. La causa de haberse reforzado este convictorio parece haber sido la decadencia del de Tívoli, «que con algunos estudios y ejercicio de ministerios,» continúa el P. Luengo (*ibid.*), «se ha conservado desde la extincion de la Compañía.» Decaía este convictorio por falta de sujetos italianos que vivieran en él.

grar en París al emperador Napoleon Bonaparte; y el siguiente día 3, pasaron por Roma en direccion á Nápoles doce jesuitas de Colorno, entre ellos el P. Panizzoni y dos novicios. Sintió grandemente su salida Moureau, gobernador francés, que no quería enajenarse los ánimos de los parmesanos: mostróse propicio á los Padres que quedaban en el estado, y mandó que ninguno saliera de su provincia sin autorizacion suya. Entonces se trató de que algunos otros de Bolonia y de las otras legacías fueran á Parma á ocupar el puesto de los doce que pasaron á Nápoles¹. Hicieron los novicios de Colorno el viaje en coche, y llegaron á Nápoles el 41 ó 42 de Noviembre².

Entretanto que la desocupacion y reparo del colegio máximo iban llegando á su término, concertaron el P. Pignatelli y el rey que la instalacion solemne de la Compañía en esta casa se hiciese con pública fiesta, para satisfacer la general devocion y alegría del pueblo napolitano. Señalóse para la celebracion del acto el día 3 de Diciembre, fiesta de San Francisco Javier.

Deseoso el P. Pignatelli de que aquel memorable día quedara grabado en el corazon de los fieles, y fuese de provecho espiritual á las almas, dispuso que dos de los más elocuentes predicadores, los PP. Luis Mozzi y José Sartorio, predicasen una mision en la iglesia del colegio; y en otros barrios de la ciudad escogió templos capaces, y envió á cada uno de ellos operarios celosos que moviesen al pueblo á penitencia. Fue inmensa la multitud que acudió á estas misiones; y Sus Majestades con toda la corte se dignaron asistir varias veces á la iglesia del colegio con edificacion de toda la ciudad.

Llenábanse de un modo particular los templos en las explicaciones del catecismo en lenguaje familiar adaptado á la gente ruda: explicacion, que se fue continuando en adelante, y quedó establecida desde estas misiones. Fue muy copioso el fruto que de estas predicaciones se sacó: gran muchedumbre de fieles,

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 28, pág. 383.

² *Process. Rom.*, fol. 352.